No se pone viejo

Luis Muñoz

EL POETA LUIS MUÑOZ, AUTOR DE LIBROS COMO *MANZANAS AMARILLAS* (HIPERIÓN), *EL APETITO* (PRE-TEXTOS), *LIMPIAR PESCADO* (VISOR) O, EL ÚLTIMO, *QUERIDO SILENCIO* (TUSQUETS), HABLA EN ESTE ENSAYO DE UNO DE SUS MAESTROS, JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, Y DE SU LIBRO *DIARIO DE UN POETA RECIÉN CASADO*, QUE PRÓXIMAMENTE SERÁ REEDITADO POR VISOR EN LA COLECCIÓN QUE DEDICA A LAS OBRAS COMPLETAS DEL PREMIO NOBEL ONUBENSE.

Cuatro días antes de emprender el viaje que le llevaría a Nueva York para encontrarse con Zenobia Camprubí, JRJ escribió el primer poema de *Diario de un poeta recién casado*. Vivía entonces en la Residencia de Estudiantes, cuyos nuevos edificios se habían inaugurado el año anterior y cuyo jardín de adelfas había dibujado y mandado plantar el propio poeta siguiendo una fórmula de armonía, sencillez y detalle que guiaba los distintos ámbitos de su vida. Desde la galería donde tenía su cuarto podían contemplarse las cumbres azules de la sierra del Guadarrama. El día era muy frío, «descaradamente pelón», como diría uno de los periódicos de Madrid, que vendría cargado de noticias sobre la Gran Guerra, a la mañana siguiente. Anotó la fecha con una caligrafía que desde unos años atrás se le había hecho cada vez más rabuda y más críptica: 17 de enero de 1916.

En ese momento JRJ tenía 34 años. Zenobia, seis menos. Desde el verano de 1913, JRJ no había dejado ni por un momento de tratar de convencerla de que se casase con él. El mismo día en que se conocieron, en el salón de actos de la Residencia, tras una conferencia de Manuel Bartolomé Cossío sobre La Rábida, estuvieron hablando juntos dos intensas horas seguidas. Después de esas dos horas, JRJ le espetó que se había enamorado de ella:

– Ya ve usted lo que me ha pasado a mí –añadió–; ahora usted decidirá.

La respuesta no se la dio Zenobia esa tarde, ni la tarde siguiente, o mejor dicho, lo que le respondiese esa tarde, o las siguientes, no lo debió entender JRJ como definitivo. Porque dio pie a un dilatado cortejo, lleno de idas y venidas, de noes y síes, con la complicidad de su admiración por la obra de Rabindranath Tagore, del que traducirían juntos varios libros, y durante el cual él intentó convencerla de que podían ser enormemente felices juntos y ella, sin comprometerse, que el poeta saliese de su melancolía y de su aislamiento, que se abriera más a la vida.

En una carta de ese mismo verano de 1913, Zenobia le escribió:

«¿Por qué está Vd. siempre con esa cara de alma en pena? ¡Es V. un egoísta de primera!». Y un poco más adelante: «Ya que se enfada porque le digo que quiero que se enamore de una de mis amigas lo des-digo. No se enamore Vd. de ninguna, pero deje que le sacudamos un poco esa tristeza».

Y JRJ, algunos días después, pasando del usted al tú:

«Muy alegre estaba hoy cuando me escribiste tu carta. Te lo agradecí con toda mi alma, pero cuando la terminé me eché a llorar. No es una carta tierna ni dulce. De haberlo sido, me habría puesto más alegre. No, Zenobita, no es que yo sea fúnebre siempre. ¿Me quieres decir qué tiene uno en el corazón de vuelta de esas frivolidades a que, tan muerta de risa, me invitas?»

JRJ había sido hasta entonces un perenne enamorado insatisfecho y el incendio del amor se había convertido en el motivo principal de su poesía. Poco antes de conocer a Zenobia, publicó dos libros de envolvente erotismo simbolista, *Melancolía* y *Laberinto*, escritos durante su estancia en Moguer entre 1905 y 1913, que recogen como una red de pesca la poesía de sus numerosas experiencias amorosas, y había entregado a la imprenta otro conjunto de tono parecido, *Libros de amor*, en realidad una especie de memorias eróticas en verso, escrito entre 1911 y 1912, que tenía previsto publicar el otoño de 1913.

A Zenobia le prestó *Laberinto*, que leyó a los pocos días de su primer encuentro. Y le desagradó tanto que no dudó en decírselo a través de una carta ese mismo verano:

«Anoche leí "Laberinto". Lo leí porque lo había escrito Vd., conste, que si no estoy segura de que no hubiera "aguantado" hasta el final». Y cuando lo concluí tenía una rabia contra Vd., que si llego a saber que estaba Vd. abajo en la Castellana, seguramente sale el libro por la ventana».

A vuelta de correo, sin perder un minuto, JRJ le respondió que el libro no tenía que entenderlo tan al pie de la letra, que si lo leía atentamente descubriría que en su carnalidad habitaba también la «tristeza de la carne» y que todos sus libros, incluido ése, estaban llenos de «aspiración ideal y de sentimientos nobles».

En todo caso, mientras defendía ante Zenobia una lectura profunda de *Laberinto* y hacía hincapié en la pureza de sus nuevas costumbres, decidió retirar de la imprenta *Libros de amor*.

Un pleito de la familia de JRJ con el Banco de España, que duró más de tres años, les había llevado a perder, en mayo de 1915, la casi totalidad de sus bienes, entre ellos varias casas, tierras y bodegas. A JRJ le preocupó, sobre todo, la situación económica en que a partir de ese momento se quedaba su madre, y procuró, junto a sus hermanos, que ella no notase la falta. Pero temió además que la pérdida económica supusiera un nuevo impedimento para casarse con Zenobia, que en esas fechas era algo que ya parecía posible. Como tantas otras veces en su vida, le guiaba, a pesar de las dificultades, una tenacidad invencible, de la que en privado hacía gala. A su amigo el escritor y jurista murciano Juan Guerrero Ruiz, le había contado el 15 de mayo de 1915:

«La vida en Madrid es muy difícil y sin embargo, ahora mismo que no tengo nada, que carezco de muchos miles de duros que tenía y con los cuales contaba, confío en mi voluntad para volver a estar lo mismo o mejor. Tengo una gran fe en mí mismo, en mi voluntad, y aunque acaso esté mal que lo diga, nunca he dejado de conseguir aquello que me proponía».

Es imposible no darle la razón a JRJ, a tenor de los hechos. Aunque Isabel Aymar, la madre de Zenobia, se oponía al casamiento y la había convencido de viajar con ella a Nueva York con el pretexto de poder conocer a su segundo nieto y con la intención, más o menos clara, de alejarle del poeta, la pareja había decidido casarse. Nueva York podía ser, por qué no, un lugar igual o mejor que cualquier otro. Para JRJ supondría la ocasión de visitar

una de las ciudades emergentes y prósperas de la joven América, de abrirse más a la vida y de impregnarse del ambiente que Zenobia, cuyo abuelo paterno era norteamericano y cuyos hermanos estudiaron en aquel país, había compartido durante cuatro años, de 1905 a 1909. «Pero es absolutamente preciso –le había escrito el 6 de septiembre de 1915– que nos casemos pronto. No sabes la paz, la fuerza, la tranquilidad, el tiempo que esto me daría. Piensa tú que tu presencia me es necesaria, Zenobia, que mi vida sin ti está falta de vida. La mañana que yo amanezca a tu lado, ¡qué nuevo va a parecerme el mundo!».

Las cartas cruzadas entre ambos componen una trabada novela sentimental en la que puede seguirse con precisión el baile de sus ideas y sus afectos, que no fueron precisamente rectilíneos. Con una selección de ellas y de los poemas que había dedicado a Zenobia, JRJ ideó un tomo –uno de sus muchos proyectos que no vieron la luz sino en ediciones parciales a cargo de estudiosos de su obra- cuyo título previsto era tan expresivo como *Monumento de amor*.

Con unos catorce libros publicados hasta ese momento, JRJ se había consolidado como uno de los más destacados poetas modernistas españoles. Su estilo, refinado e interior, impregnado del perfume del simbolismo francés, había ido redescubriendo e incorporando la tradición popular y los clásicos castellanos, al tiempo que había pasado de las tonalidades decadentes a una especie de nuevo vitalismo, conectado con las ideas reformadoras de la Institución Libre de Enseñanza. Pero los moldes, el vocabulario, los mecanismos expresivos de la poesía se le habían ido quedando progresivamente estrechos y empezaba a temer que la sensación de tedio que le agobiaba significase el fin de su poesía. Demasiadas cosas importantes se quedaban sistemáticamente fuera de los versos, la vida y la poesía raramente hallaban en ellos un contacto veraz, y el peso de la retórica y sus monótonos parámetros habían llegado a despistar a su espíritu creativo.

El surgimiento del futurismo –cuyos ecos llegaron a España recién publicado su manifiesto fundacional, traducido el mismo 1909 en la revista *Prometeo*, en la que JRJ colaboró–, y del cubismo, con su rechazo de lo que Apollinaire llamó «los medios de agradar» de los artistas del pasado y su propuesta de una pintura

pura –con tantos puntos en común con los supuestos teóricos de la posterior poesía pura– también debieron hacerle reflexionar sobre la gestión poética del presente y sobre la necesidad de situarse frente al impacto de lo nuevo. Si el modernismo había sido la voz lírica de la crisis de fin de siglo, los nuevos tiempos, que encarnaban una crisis distinta, con sus particulares complicaciones y necesidades, significaban un desafío frontal al lenguaje de la poesía y a su desvencijado armazón de ideas.

La incertidumbre, sin embargo, no fue paralizadora para JRJ. Desde 1913 hasta 1915, escribió simultáneamente –mientras trabajaba, además, en otros proyectos– dos libros muy diferentes que resultaron ser complementarios. Dos boquetes, propuestos desde dos esquinas distintas, al callejón sin salida en que se encontraba. En ambos el correlato de vida es el enamoramiento de Zenobia y la inseguridad estupefaciente que sus sentimientos no correspondidos, o correspondidos sólo en parte, le estaban produciendo. Formalmente son libros antagónicos, aunque su poética sea común. En *Sonetos espirituales* maneja con impecable dominio las combinaciones musicales y sensoriales del soneto de aroma simbolista, y en *Estío* experimenta, un poco a la desesperada, distintos procedimientos técnicos de carácter novedoso, desde el verso libre a la anotación diarística, que giran alrededor de un núcleo de preceptos derivados del simbolismo, sin atreverse a llegar demasiado lejos en sus búsquedas, sin verdadera decisión, como si arrastrase una especie de remota tirantez expresiva.

A Juan Guerrero Ruiz, le había confesado el 13 de junio de 1915:

«A veces pienso que tal vez esté en las postrimerías de mi obra poética, porque al fin y al cabo encuentro algo artificioso en la forma poética, y me pregunto: ¿es honrado esto? Acaso no, a pesar de su belleza. Por eso tal vez escriba ya prosa solamente, una prosa que, claro está, sea poética, elevada, pura... Debemos escribir como se habla, de una manera clara, elevada, natural...».

Su viaje a Estados Unidos iba a ser el primero que hiciese fuera del continente y también el primero por mar. Hasta entonces sólo había salido de España en 1901 para pasar una temporada en el sur de Francia, cerca de Burdeos, en la Maison de Santé en Castel d' Andorte, con el objeto de reponerse de los desequilibrios emo-

cionales que había sufrido tras la muerte de su padre. De aquel viaje había regresado cargado de nuevas sugestiones sensuales, enamoramientos y poemas, y con la lectura de la obra de los poetas simbolistas franceses, sobre todo a través de la revista *Mercure de France*, que le reportaron nuevas posibilidades verbales y de atmósfera para su poesía.

En las cartas redactadas al día siguiente del primer poema de *Diario de un poeta recién casado*, todavía en su cuarto de la Residencia de Estudiantes, adelantando la fecha de su partida, dejó entrever su excitación. «Salgo mañana de Madrid, camino ya de "Zenobia" –le escribió a María Muntadas, una amiga de ella –, y no quiero dejar de mandar a usted, antes, mi despedida accidental. (Estaré con mi madre unos días y el 30 embarcaré en Cádiz, para New York.) De palabra le daré su encargo a Zenobia. Por las cartas que he recibido, sé que está muy bien y muy satisfecha de sus cosas. Hizo un malísimo viaje de 15 días, mareada todo el tiempo. Está todo arreglado para nuestro casamiento y espero que será a poco de llegar yo. Espero también que volveremos en marzo o en abril. Voy contento porque mis asuntos marchan bien y esto me da, por ella, una gran tranquilidad».

Y al compositor Óscar Esplá, ese mismo día:

«Queridísimo Óscar: Salgo mañana para New York. ¡Estaré de vuelta en abril! ¡Adiós! Le abraza su JR. Le mando la "Berceuse". ¡Cómo me agradaría que le inspirase algo muy hondo y muy puro, y que pusiese al frente la letra! Esta oda se la escribí a la mujer por quien ahora voy. Ya la conocerá usted. Mi dirección en N. Y.: Juan Ramón Jiménez; Ames, Camprubí & C°. 29, Broadway, N.Y.».

La noche del 20 de enero tomó un tren desde la Estación de Atocha con destino a Sevilla. Durante la madrugada escribió poemas, continuando el plan que había ideado los días previos. Los poemas constituirían el relato de lo que impresionara su capacidad sensitiva durante el trayecto hacia su boda, tratando de dar con los puntos de encuentro entre experiencia exterior e interior, que funcionarían en una especie de nutrición recíproca, como de pájaros que se dan a comer mutuamente. Sometería sus poemas al valor de un documento autobiográfico, anotado, certificado por la secuencia de los días y la verdad poética y la autobiográfica cami-

narían juntas. Por otra parte, fundiría una suerte de realismo lírico sin complejos, que entendería cada pieza de la realidad como un punto de partida, y como una posibilidad de comentario, y un simbolismo moderno atento a las rutas de los colores y al aleteo de nuevas sugestiones rítmicas.

Desde Sevilla viajó en tren hasta Huelva y desde allí en coche hasta Moguer, donde –como le anunciaba en la carta a María Muntadas– permaneció unos días con su familia. En Moguer se llenó del cariño de los suyos y pudo sopesar la importancia del momento en que se encontraba.

Los poemas compuestos esos días tienen, a la vez, sabor de *descubrimiento – o de redescubrimiento– y de despedida.* La felicidad parece lanzarle hacia los elementos de un mundo archiconocido con una mirada nueva y a sorprenderse encontrando dentro de él otro mundo, más cromático, más pleno, más cargado de sentido, al tiempo que el tirón de una especie de fuerza compensatoria de carácter nostálgico. Moguer es en estos poemas un ámbito cargado de una energía destellante, producida por el contacto de su felicidad con las personas y los lugares de su infancia, pero, a la vez, el escenario de una sucesión de pérdidas que, inexorablemente, no habían dejado de producirse.

Tras varios días en Moguer, el 30 de enero, JRJ se embarcó en el buque «Antonio López» en el puerto de Cádiz.

La experiencia del mar superó con creces (creces de ola) sus expectativas. El mar le ofreció un tema –el de las sensaciones, ideas e imaginaciones derivadas de él, con sus inagotables estallidos de belleza–, la ilusión de un confidente –a medio camino entre el diálogo con un interlocutor mudo y la figuración panteísta– y, sobre todo, una sintaxis, o mejor dicho, una nueva relación entre ritmo y melodía.

Es lo que, sin saberlo, JRJ iba buscando. La ausencia de tierra firme, la inquietud de flotar en el agua y de sentir el movimiento, libre y armónico, del oleaje, le regalaron –según indicaría años más tarde– un modelo de organización de las frases, una gama de de posibilidades de cómo acoplar metro y estructura gramatical, que le pusieron directamente las riendas del poema en las manos, en lugar de que el poema, con el chasquido de su látigo sonoro, le condujese a él. El verso libre, «blanco desnudo», como le llamaría en

alguna ocasión, lo había probado con anterioridad en *Laberinto*, pero entonces no había dado con el modo de convertirlo, a través de la sintaxis adecuada, en un buen transmisor de fluido poético.

En este tramo de su viaje escribió también poemas en prosa y los combinó con los poemas en verso, explorando la aproximación de la textura de los géneros y repartiendo la carga de lo que para él conformaba al artista completo: el aspecto irónico y el lírico. Reservó, en la mayoría de los casos, la lectura ridícula de la realidad para los poemas en prosa y la visión ideal, los sobresaltos de belleza, para el verso.

El 8 de febrero, un día gris y crudo con viento muy fuerte, delante de la isla de Terranova, supo por radio de la muerte de Rubén Darío. No es difícil imaginar que la noticia le golpeó profundamente. Desde que leyera «una y otra vez arrobado», aunque sin entenderlo del todo, el poema de Darío «Al rey Óscar», en torno a 1897 en Moguer, en *La Ilustración Española y Americana*, le había admirado, distinguiendo sus favoritos entre los múltiples Rubén Daríos, y diferenciándose, a la vez, de su poética. Se conocieron en Madrid en 1900, cuando JRJ repondió a la llamada de Darío y Francisco Villaespesa de ir a defender el modernismo, y entre ambos se había ido fraguando una amistad robusta y comprensiva, llena de afecto, lecturas y consejos mutuos.

Con su fino olfato poético, Darío había acertado al definir la cifra secreta del temperamento de JRJ con una frase que le sirvió siempre de afirmación y de estímulo, a propósito de su libro *Nubes*, que probablemente acudiría a él en momentos de reformulación estética como el que estaba atravesando: «Usted va por dentro». Y el mismo JRJ, cuando quiso disntinguirse del mundo decorativo de su maestro, acudió a términos parecidos: «nunca me conquistaron las princesas exóticas, los griegos y romanos de medallón, las japonerías «caprichosas» ni los hidalgos de la «edad de oro». El modernismo, para mí, era novedad diferente, era libertad interior».

El 12 de febrero JRJ llegó al puerto de Nueva York. En el muelle le estaban esperando Zenobia, doña Isabel Aymar y su amigo Ramón Jaén. Al descender por la escalerilla del buque, parecía sentirse, según escribió Zenobia, «inquieto, conmovido y contento a un tiempo».

Aunque el impacto en el paisaje de su imaginación debió ser enorme, matuvo con la ciudad, que era ya entonces el área metropolitana mayor de Estados Unidos y que vivía un boom económico sin precedentes, un pulso bastante igualado entre su límpida capacidad de sorpresa, que era alborozadamente receptiva con cada cosa nueva, y una especie de contención interior que, ante todo, salvaguardaba la atmósfera de su mundo familiar, cultural, como para que no hubiera escapes, y su hipersensible conciencia de poeta.

El JRJ que paseaba por las calles de Nueva York nos coloca delante de algunos mecanismos de su inteligencia. Para los poemas compuestos en la ciudad tenía desplegadas las antenas, sobre todo, hacia dos ámbitos. Hacia los olores, las formas, los materiales, las palabras de lo bello distinto, o de lo emocionante distinto para ser más exactos, y hacia lo igual de lo distinto, es decir, lo conocido que se presentaba en otro tipo de envase. Un buen ejemplo podría ser el poema «New Sky», escrito –según él anota– en la cima del Woolworth Building, acabado sólo tres años antes de su visita y que era entonces el edificio más alto del mundo. De la inmensidad de la vista que podía contemplar desde allí, lo que le impulsó a escribir en ese momento fue el cielo –que aparece también con frecuencia, como contrapunto, en los poemas escritos durante su viaje por mar–, sólo que reestrenado, redescubierto para su poesía, desde una perspectiva literalmente nueva.

El procesamiento de la información que le llegaba a chorros, y a cada instante, en Estados Unidos, consistiría en un continuo mirar a su interior por si el guardián de su mundo poético prendía la luz verde que confirmaba un movimiento interior significativo que le diera paso. Lo instantáneo sometido a la criba del gusto y la conciencia. Lo sorpendente registrado sin aspavientos. La búsqueda de su yo a través de las pruebas y reclamos externos.

Después de varios días de paseos, compras, visitas, conversaciones y almuerzos con amigos, la ansiada boda se celebró el 2 de marzo en la iglesia católica de St. Stephen, un edificio de estilo neorrománico situado entre las calles 28 y 29.

«Me casé –anotó Zenobia –. Presentes: mamá, Yoyó, Raimundito, Epi, Hannah, aunt Edith, Mrs. De Meli y Miss Anna. Juan Ramón y yo fuimos al fotógrafo en el automóvil de Aunt Edith,

y luego de ponerme el vestidito azul con adornos crema en el Martha Washington, Juan Ramón y yo salimos para el National Arts Club, en donde nos esperaban tres cajas de flores: rosas blancas de mamá, tulipanes rosa y junquillos dorados de los Underhill's, y un gran ramo de flores de todas clases enviado por Miss Sargent. Tras una espera estúpida nos dan las habitaciones del Barón Anónimo. Mamá y Miss Anna nos hacen un rato de tertulia en la velada».

Ese día JRJ no escribió poemas, o si los escribió no los consideró dignos de la versión definitiva de *Diario*. El contenido del libro sin embargo, encajó desde entonces con su título y de diario de un poeta camino de casarse, que era lo que en realidad había sido hasta ese momento, pasó a convertirse, literalmente, en el de un poeta recién casado. El título, por otra parte, responde con coherencia a su necesidad de renovación a través de una llamada de atención sobre sí mismo. Hay mucho de redefinición de su yo de manera pública y de romper una costra melosa –la del modernismo otoñal– en su claro prosaísmo, que parece abrirse paso con decisión a través de sus títulos anteriores, mucho más tocados por un nimbo poético.

Durante toda la estancia en Estados Unidos se sucedieron las indisposiciones de la pareja. Sin embargo, según los testimonios de Zenobia, a JRJ no le disgustaban del todo. Aprovechaba las jornadas de reclusión para concentrarse, leer y escribir, logrando en sus distintos alojamientos un orden doméstico de trabajo. El 6 de marzo, por ejemplo, cuando llevaban dos días en Boston, JRJ se sintió mal. Un fuerte resfriado le obligó a quedarse en cama. Hasta cuatro días después no volvió a salir a la calle pero, según dejó anotado Zenobia, pasaron largo tiempo, tiempo disfrutado, leyendo juntos *El rey de la sala oscura* de Rabindranath Tagore. El día 20, ya de vuelta en Nueva York, fue el turno de ella: «La gripe me retiene en nuestras habitaciones y J.R. se queda encerrado también por simpatía (...) Nos acostamos temprano. Juan Ramón escribe la mar en su diario, está en plena vena productiva». Al día siguiente: «Continúa el encierro (...) Juan Ramón continúa trabajando mucho en su diario».

Una vez sanos, comenzaron una especie de rutina dinámica que incluía que JRJ aprovechase las salidas de Zenobia para que-

darse trabajando. El día 26, escribió Zenobia: «Salimos mamá y yo de compras (...) Paramos en casa de Hannah y en el Lincoln y encontramos luego en casa a Juan Ramón, que ha tenido un día bueno y pacífico de trabajo». Y el domingo 2 de abril: «Llego a misa de 10:30 y dejo a J.R. trabajando en su diario. De misa me voy en busca de mamá (...) A las 4 encontramos a Juan Ramón en la tarea».

Desde Nueva York viajaron, además de a Boston, a New Jersey, Washington D.C. y Philadelphia. Y la rueda de curiosidad, contención y «tarea» siguió girando en estas ciudades, donde fueron típicos turistas en viaje de bodas, que no se perdían la visita a los lugares famosos (el parque Common en Boston, la Casa Blanca en Washington D.C. o la tumba de Benjamin Franklin en Philadelphia), pero también –gracias a la hopitalidad de los amigos y familiares de Zenobia– una especie de habitantes naturales integrados en ellas.

Robert Frost –que en 1915 había regresado a Estados Unidos desde Inglaterra y había publicado con gran éxito un poco antes, en 1914, *North of Boston*–, Edgar Lee Master –cuyo *The Spoon River Anthology*, que se convirtió en un best-seller, había aparecido ese año–, Amy Lowell –cuyo *Sword Blades and Poppy Seeds*, su primer libro imagista, es también de 1914–, o Edwin Arlington Robinson –que publicó *The man against the sky* el mismo 1916– fueron algunos de los poetas norteamericanos que JRJ leyó gracias a Zenobia, que le iba traduciendo del inglés al español.

Las lecturas de estos poetas, junto a las de los dispares maestros Edgar Allan Poe, Walt Whitman y Emily Dickinson, en cierto modo acudieron en su ayuda. Por un lado le procuraron un referente contemporáneo para los experimentos de su diario, por el modo de asomarse al rabioso presente con una suerte de imaginativa reinvención del simbolismo, y, por otro, le dieron la ocasión de analizar cómo funcionaban y eran capaces de abrir el ángulo de acción de la poesía mecanismos técnicos concretos como el verso libre –en el caso de Edgar Lee Master y Amy Lowell– o el habla coloquial –en el caso de Edwin Arlington Robinson y Robert Frost.

En todo caso, algunos de los poetas norteamericanos que leyó entonces también le ofrecieron la posibilidad de poner a prueba su

sentido crítico y autoafirmarse por vía negativa, como sucede en su referencia a los malos poetas del «Author's Club» incluida en la sección final del libro, o a la falsedad de algunos autores de Nueva Inglaterra, a quienes que compara con un bosque en el poema «De Boston a New York».

Entre los papeles de JRJ se conserva una postal del «Montevideo», un elegante y algo rudimentario vapor de tres mástiles, con una anotación manuscrita: «Donde escribí gran parte de mi «Diario de un poeta», en nuestro viaje de bodas». La parte a la que se refería, «Mar de retorno», había comenzado a trazar el dibujo simétrico del rostro de su viaje. Se embarcó, en efecto, en el «Montevideo», junto a Zenobia y su madre, el 7 de junio en el puerto de Nueva York, acompañados por una numerosa comitiva de amigos y familiares que acudieron a despedirlos.

El mar del retorno en los poemas de esta etapa es tan inagotable como el del viaje de ida, pero el tratamiento que recibe es más exclamativo y se convierte en el centro de una serie de variaciones de alta densidad creativa donde funciona en gran parte de los casos como una metáfora del mundo interior del poeta. Su reencuentro es la continuación de un diálogo de conocimiento iniciado en la ida, pero, sobre todo, la constatación, expresada con una plasticidad exultante, de que el poeta, en pleno proceso de reinvención interior, encuentra en el mar una fecunda correspondencia.

Los poemas en prosa, por otro lado, funden sus motivos con los poemas en verso. Tanto en esta sección como en la siguiente, «España», se dedican a registrar instantes de belleza, ofreciendo una suerte de respciración paralela a la respiración de los versos, que en ocasiones resulta intercambiable.

Después de dos semanas que JRJ define en una carta a su amdre como «viaje malo», la mañana del 19 de junio llegaron a Cádiz. «Vista mágica de Cádiz, de la bahía, Rota, Chipiona» –anotó Zenobia. Después de almorzar, la madre de Zenobia salió en tren hacia Madrid y el matrimonio se quedó en la ciudad. Fueron a la Torre de Tavira, pasearon por el parque Genovés y tomaron el vaporcito de la había para visitar en El Puerto de Santa María el colegio de los jesuitas donde JRJ había estudiado parte de su bachillerato.

El día 21, cuando volvieron a recoger el equipaje de bodega, se encontraron con que a uno de sus baúles se había podrido. Varias cartas, junto a las anotaciones del diario de Zenobia, documentan lo sucedido. En una de ellas, de ese mismo día, JRJ escribió:

«Señores Delegados de la Compañía Trasatlántica en Cádiz. Muy señores míos: –escribió ese día JRJ– suplico a ustedes que me envíen la carta prometida por ustedes haciendo constar que han visto el daño causado –por mala disposición del equipaje en la bodega del vapor Montevideo– en un baúl mío y su contenido de ropa de vestir de señora y caballero».

El diario de Zenobia registra:

«Perdemos el Express para Sevilla con estas andanzas, y al cenar esa noche en el hotel vemos a D. Carlos Berrie, que al enterarse de lo ocurrido nos ofrece todo género de excusas y nos escribe pidiendo evaluación de lo que hemos perdido».

En otra carta, el mismo Carlos Barrie, agente de la Compañía Trasatlántica, escribe dos días después al director de la naviera Claudio López y Bru, Marqués de Comillas:

«Mi querido amigo Don Claudio: En el vapor Montevideo ha regresado de New York Doña Isabel Aymar de Camprubí y su hija que ha contraido matrimonio en New York con Don Juan Ramón Jiménez que veía también en el buque. A estas señoras tuve el gusto de atenderlas por recomendación expresa de usted cuando marcharon a New York en noviembre pasado. Ha ocurrido ahora un sensible incidente del que deseo poner en antecedentes a usted porque seguramente el señor Don Juan Ramón Jiménez formulará ante usted alguna queja. Según parece el equipaje de bodegas de estos señores sufrió avería por mojadura y al abrirlo en la aduana encontraron que una parte de su contenido estaba deteriorada. El matrimonio vino aquí a la oficina trayendo en el coche uno de los baúles. Pidió que un empleado reconociera el deterioro que había sufrido el contenido del baúl y así lo hizo uno de nuestros empleados de la sección de vapores, pero manifestando al señor Jiménez que eso no significaba que la Compañía aceptara la reclamación en la cuantía que deseare presentarla».

De Cádiz fueron a Sevilla, donde también pasaron unos días, y posteriormente a Moguer, donde la madre, los hermanos y los sobrinos de JRJ, les colmaron de atenciones. «Todos son tan bue-

nos conmigo que no pueden serlo más. J. R. me hace muy feliz» –anotó Zenobia el 25 de junio.

Los poemas escritos en Cádiz, Sevilla y Moguer mantienen el tipo de curiosidad despejada e impresionable de los poemas de Estados Unidos. Es decir, continúa funcionando en ellos la excitación del viajero y la límpida mirada registradora de novedades y diferencias. Respira a pleno pulmón la felicidad del extrañamiento y la conciencia de que el retorno, sólo unos meses después de haber partido, significa un comienzo.

Bajo un calor sofocante llegaron a Madrid el 1 de julio. Se instalaron unos días en un hotel del centro, el Roma, y posteriormente aceptaron la invitación de Alberto Jiménez Fraud, director de la Residencia de Estudiantes, para quedarse en las habitaciones que él y su madre tenían en la propia Residencia, aprovechando su ausencia por las vacaciones de verano. Zenobia describió el espacio como un «dormitorio de muñecas» pero también anotó en su diario: «Esta etapa de la Colina de los Chopos parece darnos una felicidad mayor de intimidad».

Los primeros días en Madrid son los de una pareja enormemente sociable: visitas, conversaciones, exposiciones, encuentros (con José Castillejo, Federico de Onís, José Moreno Villa, Javier de Winthuysen, Pedro Salinas, Américo Castro, la madre de Zenobia), y entre las búsquedas de casa, que les ocuparon gran parte de su tiempo, cenas al aire libre en la terraza del Café Gijón.

A las dos semanas alquilaron un piso en la calle Conde de Aranda, su primera casa común. Compraron muebles, vajillas, ropa de cama, instalaron estanterías, «aparatos» para el cuarto de baño, pusieron cortinas. Una operación de búsqueda del confort y el gusto en la que parecían estar hechos uno para el otro. A pesar de esa felicidad tan redonda, las deudas contraídas por las compras atormentaban a Zenobia. Un día le confesó a JRJ que había llegado a llorar por ellas, y ese mismo día, providencialmente, después que JRJ saliese a la calle apenado, su madre apareció con una carta de la Compañía Trasatlántica en la que les informaban que sería indemnizados con 4000 pesetas por el asunto del baúl. Gracias a esa cantidad pudieron hacerse cargo de las deudas y afrontar algunos gastos nuevos.

Conforme iba terminando su libro, seleccionando entre los muchos poemas que tenía escritos y trabajando en la última parte, «Recuerdos de América del Este escritos en España», donde condensó poemas en prosa con sentido crítico, JRJ necesitó incluir en él algunas explicaciones. Era algo que había hecho en libros anteriores, redactar una pequeña introducción, dar algunas claves de la idea de conjunto, unas mínimas coordenadas intencionales, pero nunca había necesitado explicarse tanto. Quizá porque le asaltó un repentino vértigo por el alcance de su experimento y porque aún no podía leerlo con la suficiente perspectiva temporal para calibrar sus logros. En el «Saludo del alba», traducción de un texto utilizado por Rabindranath Tagore, que es la cita que lo abre, justificando su carácter de diario, recalca la importancia del cuidado de cada día, su dimensión, su valor irrepetible. En la dedicatoria lo define como «breve guía de amor por tierra, mar y cielo». En la introducción, donde advierte que lo importante de un viaje no es lo más nuevo ni lo más lejos, sino lo más hondo, lo llama «álbum de poeta». En el breve texto que abre la tercera parte del libro dice que se trata de «impresiones» y compara sus «notas» con las «pinturas sinceras». Y en la nota final, que coloca entre paréntesis detrás del índice, justo antes de la palabra «Fin», asegura que es el más provisional de todos sus libros, «un boceto de él mismo».

En realidad será de los suyos el que menos toque: apenas el añadido de un «aunque» con puntos susensivos al final del último poema y el cambio de título en la segunda edición por *Diario de poeta y mar* (1948), deshecho sólo que con las palabras «reciencasado» juntas, en *Libros de poesía* (1957), la siguiente compilación de su obra. Será, además, de todos los suyos, el libro que, con los años, prefiera. En noviembre de 1952 le confesaría desde su exilio en Puerto Rico al profesor Ricardo Gullón: «En otros poetas hay verso libre como el del *Diario*, pero es que ha salido de allí. La mitad de la poesía moderna en España, viene del *Diario*. Vea, si no: León Felipe; Salinas y su *Presagios*, publicado por mí en la Biblioteca de *Índice*, en 1923; Moreno Villa y sus *Evoluciones*. (...) Lo creo mi mejor libro. No se pone viejo. Perdone si hablo de él en esta forma, pero lo veo ya como cosa histórica, fuera de mí. Es un libro de descubrimientos, aparte de que desde él haya variado

el movimiento del verso, la sintaxis poética. Con el *Diario* empieza el simbolismo moderno en la poesía española».

La inmodestia no le nublaba el juicio. El libro tendría un efecto contagioso entre algunos de los más significativos poetas españoles de la promoción posterior a la suya. Esa era, según él, la cualidad principal de la poesía, su posibilidad de expansión. Se dió de manera muy singular en el estilo estético de Federico García Lorca y en Rafael Alberti, y no sólo en sus libros primeros –donde resulta más evidente por la mayor proximidad cronológica–, sino también en obras de madurez, como *Poeta en Nueva York* de García Lorca, donde el viaje de JRJ, a pesar de las significativas diferencias de visión de la ciudad, es una latente influencia, o *Pleamar* y *Versos sueltos de cada día* de Alberti, libros muy alejados en el tiempo, donde el fraseo, la manera de hablar de tú a tú al mar en el primero, la sutileza metafórica, el fragmentarismo y la delicada irregularidad métrica manan como de una fuente de los versos de *Diario*.

Su magnetismo es, en todo caso, de una clase que estimula el desarrollo de otras personalidades. No se cierra sobre sí, no bloquea los caminos descubiertos, no riza el rizo de su voz, sino que inaugura un tono, una libertdad, una textura, a los que otros se sienten convocados.

Hay una imagen que JRJ utilizó alguna vez, la del poeta como minero que descubre una veta de mineral precioso pero no se empeña en agotarla. Y en sus aforismos insistió en que en poesía lo importante es abrir, no cerrar. Un modo de defender la apariencia de borrador de muchos de sus poemas, de fruta sin exprimir del todo, en la que se percibe, a la vez, una lluvia de ideas, la liberación constante de contenidos y la atención que el poeta parece prestar a eso mientras acomete un poema, pero, sobre todo, una pista básica sobre el sentido explorador, investigador, que bombea en el circuito de su poesía.

Al menos hasta octubre de 1916 estuvo trabajando en el texto definitivo, que aparecería en abril de 1917, centrándose, sobre todo, en la selección de materiales. Las dedicatorias de los poemas dieron también algunas vueltas. Hay en ellas un universo sintético, pero bastante completo, de los afectos y las simpatías artísticas de JRJ en ese momento, y también de sus nuevas amistades

norteamericanas. En total más de treinta, entre otros, a Antonio y Manuel Machado, José Ortega y Gassett, Joaquín Sorolla, Daniel Vázquez Díaz, el doctor Nicolás Achúcarro y, desde luego, a Zenobia. El libro, en su conjunto, a su editor Rafael Calleja. Esta dedicatoria, que es el que figura en las ediciones impresas, aparece sin embargo tachada en uno de los manuscritos del libro y sustituida por otra, rebosante de ironía, de la que debió arrepentise. Es, al mismo tiempo, una manifestación de ternura narcisista y una curiosa despedida de sí mismo, del que había sido desde el comienzo de su vida hasta –aproximadamente– el tercer apartado de su libro: «A Juan Ramón Jiménez, soltero» ©